

# RABIA

**Miedos, abusos y desórdenes  
en el oasis chileno**



Hans Stange, Antoine Faure, Claudia Lagos, Claudio Salinas, René Jara y Alejandro Lagos

**RABIA**

28 de octubre, 2019

# **RABIA**

**Miedos, abusos y desórdenes  
en el oasis chileno**

**Hans Stange, Antoine Faure, Claudia Lagos,  
Claudio Salinas, René Jara y Alejandro Lagos**

Diagramación de María Valentina Araya y Francisca Tapia  
Tipografía Canilari de Wfoundry por Patricio Truenos  
y Montserrat por Julieta Ulanovsky  
Imagen de portada: Martín Palma

28 de octubre, 2019

**RABIA** Miedos, abusos y desórdenes en el *oasis* chileno.

# 20 muertos

5 por disparos, 1 por golpiza de militares

1 atropellado por un vehículo militar

12 en los incendios y saqueos

1 atropellado por otro civil

**2 desaparecidos**

Datos al 28 de octubre de 2019.  
Fuente: Instituto Nacional de Derechos Humanos

# 1.132 heridos

127 con daños oculares por balines

533 por armas de fuego

**3.243 detenidos**

347 de ellos menores de edad

# **101 acciones judiciales contra la violencia de agentes del Estado**

5 querellas por homicidio

54 querellas por torturas

16 acciones de amparo

18 querellas por violencia sexual

(2 de ellas, violaciones)





Chile despertó.

# Chile despertó

Chile despertó. Es la afirmación rotunda que hemos oído por todas partes estas últimas dos semanas, excepto en los medios tradicionales y entre las autoridades, las que obtusamente se han aferrado a un modelo que ha mostrado ser transversalmente rechazado por la población local.

El estallido social iniciado con las evasiones masivas del metro por parte de estudiantes secundarios, provenientes de estratos populares, animó una enorme ola de descontento con el estado de las cosas en Chile. Las demandas son tantas, desde tantos sectores sociales diferentes, que la impericia habitual de la clase política ha alcanzado niveles de ineptitud pocas veces visto.

Chile despertó.

Chile despertó.



De igual manera, la distancia sideral entre las elites políticas, empresariales y culturales, y el resto de la población, entre *su* sociedad y la *nuestra*, nunca había sido tan manifiesta en los últimos cincuenta años.

La manifestación es un aullido de rabia y frustración generalizada contra la miseria de los salarios y las pensiones, y el alto costo de los servicios básicos. Pero el malestar ha dado prontamente lugar a la conciencia sobre la causa de esas miserias: una política de cuatro décadas basada en la privatización de los servicios sociales,

Chile despertó.

Chile despertó.



la educación y la salud, legitimada por los consensos políticos y un sistema jurídico y legal que garantiza al gran capital sus beneficios y a la población su miseria.

Así, el estallido social es, de forma profunda y elocuente, una protesta política que ha intentado ser aplacada a través del miedo, la militarización y la desmovilización mediática. El despliegue de la excepcionalidad jurídica, acompañada de los grandes relatos de justificación esparcidos por los medios de comunicación hegemónicos, han permitido un espiral de violencia del que aún hoy desconocemos su alcance.

A pesar de esta barbarie política y militar, surge una oportunidad histórica para remover los cierres del orden neoliberal en nuestro país. La manifestación violenta del descontento masivo ya los ha aflojado, pero aún no los descorre del todo; la fortaleza despótica se debilita pero aún resiste.

La conciencia clara de que todo puede ser de otro modo, y para mejor, es la herramienta más potente que poseemos para impedir que el miedo y el orden aceptado de las cosas vuelvan estériles los llamados sensatos de esta manifestación. Observamos el surgimiento de manifestaciones de una inteligencia colectiva divulgadas en las redes sociales que apuntan a una resistencia caótica y afirmativa, la que está abriendo poco a poco las suturas del régimen político actual.

Chile despertó.



**RABIA** Miedos, abusos y desórdenes en el *oasis* chileno.

La protesta.

# La protesta

Lo que comenzó como una protesta estudiantil por el alza del pasaje del metro se transformó en el catalizador del malestar social latente por una serie de elementos estructurales que deprimen y norman la vida social.

Las imágenes de cientos de estudiantes con sus uniformes y mochilas, entre gritos y risas, saltando los torniquetes del metro, dieron paso con los días a secuencias menos alegres de enfrentamientos con los carabineros, con el resultado evidente de daños a la infraestructura del metro y el grito en el cielo de autoridades y panelistas de televisión, los que al unísono se comportaron como un triste bloque conservador en el poder.



El alza del pasaje de metro, que afectó el bolsillo de cerca de tres millones de pasajeros en Santiago, se transmutó en un símbolo de los abusos e injusticias que, aunadas con la frustración de los conocidos casos de corrupción reciente (Caval, Pacogate, Milicogate, Penta, La Polar, SQM, etc.), nos enseñan que la justicia para algunos es muy distinta de la justicia de todos para todos los demás. Todo lo cual hizo que la bronca oculta durante décadas rasgara la superficie limpia y aséptica del relato macroeconómico neoliberal.



## El elástico se cortó

De alguna forma, el orden neoliberal en Chile se hizo moralmente insostenible. Las creencias implícitas y las expectativas de progreso que hacían soportable la enorme desigualdad y la tremenda injusticia ya no dieron para más.

Es así de simple: reventó la frontera de lo moral y socialmente aceptable. Los estudiantes, primero, y con ellos una buena parte de la población, se emanciparon del pacto acordado entre políticos y grandes empresarios de todo signo hace ya décadas.





La fe en el “chorreo” y el respeto por el orden tecnocrático, resultado del acuerdo tripartito entre militares, élites económicas y profesionales de la política, había producido un violento control sobre el resto de la población. Nos había enseñado una capacidad casi infinita y reactiva de soportar el malestar, de acrecentar el endeudamiento, de expiar el dolor a través del consumo.

Pero esta conciencia moral venía resquebrajándose hace un tiempo. La protesta feminista, la marcha de los pingüinos, la demanda estudiantil contra el

**La protesta.**

El elástico se cortó.



lucro en la educación y el rechazo al sistema de AFPs, la denuncia de las zonas de sacrificio ambiental o de las postergaciones regionales avisaron de forma elocuente que el pacto neoliberal ya no era del todo aceptable.

Los pingüinos, el fin al lucro en la educación, el No + AFP, el Puntarenazo y

La protesta.

El elástico se cortó.



#Ni una menos eran cantos de sirena de esta debacle, que no fueron oídos.

La ruptura de la economía moral permitió entonces comprender una falsa paradoja.

**La protesta.**

**El elástico se cortó.**



Una capacidad de actuar colectivo se ha fomentado frente a la agudización de las relaciones de fuerzas que presidían la aceptabilidad de la dominación, sin que haya horizonte de sentido, homogeneidad en los grupos movilizados o las reivindicaciones, ni siquiera un liderazgo claro.

Sólo una cosa estaba clara: **Basta ya.**

## Los manifestantes

Los movilizados conforman, de hecho, un grupo en extremo heterogéneo: estudiantes (más organizados, un actor de movilización de lo más relevante en Chile los últimos 15 años, sobre todo los secundarios); mujeres, militantes y simpatizantes de izquierda, descolgados; personas que provienen de sectores medios y bajos, los más presionados por la desigualdad, también los más cooptados por el sentido común conservador y que con seguridad constituyeron una base electoral para Piñera; también los que saquean, aquél lumpen que durante años ha sido bombardeado con imágenes de éxito de la publicidad, sistemáticamente



trocadas en rencor acumulado entre aquellos que históricamente han sobrado en el territorio del consumo.

La protesta se extendió de manera sectorial en una articulación inédita, porque inorgánica: junto con los estudiantes, médicos, profesores, fiscales, trabajadores portuarios, mineros, en una suma de fuerzas, intereses y reivindicaciones que, a veces, solo parece tener como término la propia oligarquía.

El despliegue territorial también es diverso y descentralizado: en ciertos sectores del centro de la capital, pero también en otros centros constituidos al alero de la modernización, la expansión y la segregación de la ciudad: la plaza de Maipú, el paradero 14 de Vicuña Mackenna, los alrededores de la Escuela Militar, la plaza Ñuñoa... Y en apenas algunos días también Valparaíso, Concepción, Coquimbo, Temuco, Antofagasta, Copiapó, La Serena...

La protesta reproduce la táctica de focos: alternan las marchas y las concentraciones masivas con acciones esporádicas, dispersas, puntuales: las evasiones, primero, las protestas en los propios barrios y territorios, los cacerolazos, en definitiva, la movilización permanente a toda costa

frente a las fuerzas represivas, el gobierno y el cerco mediático.

Las manifestaciones, las marchas y las protestas son pacíficas, por lo general, hasta que llegan a escena los efectivos policiales y militares. Uno lo observa al participar en éstas, y también lo ve en las pantallas: mientras el dispositivo de las cadenas televisivas 24/7 orienta la mirada desde el orden y la seguridad pública, paradójicamente visibiliza la agudización de la violencia de parte de las fuerzas del orden, el hervidero generado por la infiltración por la policía de los manifestantes.



## Las consignas

Durante toda la semana, y hasta ahora, el llamado original de los estudiantes fue: “Evade” y sus variantes. Además de apuntar al problema de la alza del metro, cristaliza la tensión entre una evasión por 30 pesos con la millonaria evasión fiscal del empresario y los profesionales de la política.

Sin embargo, desde el viernes 18 de octubre, se ampliaron las consignas y se vuelven más generales e ilustrativas del profundo malestar: “Mayor justicia”, “más igualdad” y, sobre todo, “No más abusos”.

Estos gritos rápidamente apuntaron a los aspectos inmorales de las relaciones económicas: sueldos, pensiones,



transportes, educación, seguridad, etc.

Desde que Piñera decretó el estado de emergencia y el toque de queda, la consigna importante ha sido: “Que se vayan los milicos”. La militarización del orden público, rechazada por los manifestantes y quienes los apoyan, parece inaceptable.



Por lo tanto, la derogación de esta medida es considerada un asunto primordial para restablecer la democracia.

Una narrativa interesante que apareció después del estado de emergencia conecta con la memoria, vivida o mediada, de la dictadura militar: "Ya no tenemos miedo" y, más explícitamente, "Nos han quitado todo, hasta el miedo".



El toque de queda provocó un destacado vuelco en la energía y el imaginario de la población: aunó a sectores diversos en torno a la idea de defender el marco democrático en el que la protesta tiene plena legitimidad. Reunirse, expresarse directamente, desobedecer el toque de queda, fueron acciones que gracias a la necia medida del gobierno insuflaron política en el estallido de rabia.

Desde el miércoles 23, comenzaron a aparecer algunas consignas más estrictamente políticas: "Piñera renuncia" es la más importante; pero también se exige

la renuncia de su primo Andrés Chadwick, ministro del Interior y vicepresidente (lo que acaba de concretarse este lunes 28). El rechazo al estado de emergencia, la evidente desobediencia de la población y la difusión de videos virales, primero, y de denuncias formales, luego, acerca de violaciones y abusos cometidos por los militares y la policía durante estos días, crisparon aún más los ánimos de la protesta.

La crispación se juntó con la frustración de años y parece haber producido un cambio de conciencia entre los manifestantes y la población que pasivamente los apoya. “¡Chile despertó!” fue el grito que se repitió por todas partes durante las concentraciones masivas del jueves 24 y viernes 25, esta última la más grande en

la historia del país: un millón y medio de protestantes solo en Santiago (según cifras oficiales; prácticamente uno de cada cinco habitantes de la ciudad), y cientos de miles más en las regiones postergadas.

El ciclo de la protesta es claro: el periodo larvario hasta el viernes 18, que tiene a los estudiantes como protagonistas; la emergencia caótica de la protesta ese día y el fin de semana, periodo durante el cual el gobierno y los medios destacan los saqueos y emprenden la criminalización; luego, la manifestación organizada y ya más politizada hasta el 25, en el que una serie de organizaciones estudiantiles, sociales y sindicales (bajo el rótulo de Unidad Social) llamaron a la huelga general que paralizó al país.

## La calle

Un conjunto de saberes populares se articulan en la protesta. La calle, ese atributo y bien escaso entre las élites políticas, aparece como vehículo y soporte de una serie de prácticas comunicativas (carteles, pancartas, pliegos, aforismos, juegos de palabras, imágenes certeras, ¡humor!). Los carteles autofabricados conviven con merchandising vendido a bajo precio.

Los vecinos toman prestadas otras iconografías -los chalecos amarillos- para organizar su propia seguridad, dada la incompetencia de las autoridades para hacerlo, en un contexto acicateado también por la paranoia de un mundo caótico.

Se convocan y autoconvocan marchas, acciones de protesta, cacerolazos, bloqueos, cortes de calle, boicots. Se activan protocolos más cuidadosos, dado el carácter inédito de las medidas de seguridad decretadas por la autoridad (todos los estados de emergencia decretados en democracia fueron para enfrentar terremotos, incendios o aluviones, nunca para frenar una manifestación política). Los territorios se organizan y las ciudades se fortifican para la protesta, pero también para enfrentar al “enemigo interno”, infame figura de la técnica contrainsurgente popularizada por la dictadura de Pinochet.

Todos estos saberes populares son la materia de otra mediatización: los videos,



las fotos, los memes y la declaraciones que circulan con gran velocidad en las redes sociales, y son objeto del *fact-checking* de las salas de redacción y de plataformas universitarias.

Las vocerías se improvisan en cualquier lugar. Aparecen pobladores tomando la palabra, dialogando o discutiendo con las fuerzas de orden (como si esto fuese posible). Emergen de los encuestas rápidas que se realizan en la calle personas comunes autoconvocadas, representantes de sí mismas y de otros como ellos, ante la fractura evidente con sus representantes políticos.

Toman la palabra, presentan los problemas, las consignas y algún sentido de legitimidad de la revuelta. Claramente,

hay cosas ahora más sustanciosas que una mera indignación.

De paso, estos “voceros” de la manifestación confrontan a los periodistas en sus lugares comunes, en su reivindicada objetividad y neutralidad, asumiendo ellos la tarea de analizar el fenómeno noticioso que fabrica y regula las audiencias, ayudados en este ejercicio por las encuestas de opinión, las estadísticas de la Intendencia o de carabineros, y por la misma acción pública del gobierno y sus aliados políticos y sectoriales.

**La protesta.**

Ciudadanos, no representantes.

# Ciudadanos, no representantes

Los manifestantes toman conciencia también de su rol como ciudadanos. Ellos definen sus exigencias, su papel, sus expectativas, no los dispositivos de representación que son, en verdad, mecanismo de exclusión, que los convirtieron en el mejor de los casos en espectadores y consumidores frustrados de la democracia de mercado.

Así, también la diagramación del orden ciudadano por parte de la autoridad fracasó. ¿Cuánto tiempo habrá necesitado el gobierno para dejar de globalizar la delincuencia en todo el cuerpo social, antes

**La protesta.**

Ciudadanos, no representantes.

de volver a construir fronteras entre los buenos y los malos ciudadanos? ¿Dónde estuvo entonces todo este tiempo el Chile de miseria, invisible a los periodistas y los medios?

¿Cuánto más precisos serían nuestros diagnósticos de política pública si escucháramos de verdad a estas personas, a estos ciudadanos? ¿Cuánto tienen que escuchar los medios a estas personas para re-conectarse?

Los escenarios de la protesta tradicionales guardan un correlato con lo que se difunde en redes sociales. Sin embargo, se trata de un escenario híbrido. Memes, mensajes, noticias compartidas, comentarios: también emerge de aquí una subjetividad política, rica y bien informada.



Esta subjetividad dialoga permanentemente con lo que dicen los medios y las autoridades –que a fin de cuentas terminó siendo lo mismo. Se crean circuitos de contrainformación para difundir imágenes y videos, pero también noticias falsas e informaciones montadas. La información circula todo lo posible en redes sociales, entre amigos, con colegas del trabajo.

Los grupos familiares, los apoderados y compañeros de trabajo, comienzan a experimentar las primeras discusiones en

torno al tema. Se reúnen, también se fracturan. Se toma posición y se intenta argumentar con informaciones que vienen a su vez de otros contactos.

Nadie sabe muy bien cómo distinguir una información verídica de una falsa. Cada uno afirma posiciones y puede, a la vez, presentar disculpas por excesos, errores, malas prácticas. Se conforman entonces comunidades de sentido y de propósito, donde emociones, tácticas y estrategias se fomentan, se apropian, se resignifican. Estos sentidos y propósitos todavía son efímeros, volátiles; y son objetos de un de un lento trabajo que la crisis no necesariamente aceleró, sino que hizo fructificar.

**El trasfondo.**

# El trasfondo

Un tópico común de los análisis políticos y noticiosos estos días ha sido que la manifestación nos habría tomado por sorpresa a todos o, también, que “no hemos sabido leer las señales”.

Nada está más lejos de la realidad. Más bien estas frases tienden a ser ramplonas excusas, por la ineptitud, malos manejos e inmorales actuaciones públicas de muchos políticos profesionales, empresarios e intelectuales. Además de desnudar el total divorcio de los políticos respecto de sus representados. (Y no solo de ellos: también los académicos, los grandes empresarios, las jerarquías eclesiales.)

Por una parte, explosiones sociales como esta ya ocurrieron en Chile antes (el mitin de la carne en 1905, la huelga de la chaucha

en 1949, por ejemplo) y vienen ocurriendo en América Latina, siempre frente al alza de precios de servicios básicos (en Ecuador recién, en México el 2017, en Argentina el 2012) o ante cualquier medida de corte neoliberal que se le ocurre a algún gobernante que ha pactado con el FMI (Argentina el 2001). Tampoco es nueva la situación de desgobierno que se intenta resolver llamando a los militares (1924, 1932) para restablecer un pretendido orden social.

Pareciera, entonces, que lo “nuevo” de esta protesta es que ocurre en un momento de autoconvencimiento de nuestro éxito económico, en el que Chile parecía un modelo de desarrollo exitoso a través de políticas neoliberales tanto para buena parte de los chilenos como también para la comunidad internacional.





Es más: hoy en Colombia se discute y se quiere replicar el modelo de pensiones de Chile, implantado durante la dictadura de Pinochet y diseñado por el hermano de Sebastián Piñera a principios de la década del 80.

Por otra parte, al menos desde hace una década distintos organismos internacionales y estudios académicos locales vienen documentando la tremenda desigualdad social y política del país, advirtiéndole que la olla de presión estaba a punto de estallar. No por nada, desde el domingo 20 una de las consignas que más

prolifera entre los manifestantes es “No son 30 pesos, son 30 años”.

## La desigualdad

El alza de la tarifa del metro es, como se ha dicho, la punta de un iceberg enorme que esconde una serie de violencias estructurales del sistema político y social sobre la población. Los abusos denunciados por los manifestantes tienen, así, al menos dos componentes: una brutal desigualdad socioeconómica y un



régimen político de derechos y privilegios inherentemente injusto.

La desigualdad, ampliamente documentada, se expresa, por cierto en la brutal asimetría entre los bajos salarios y pensiones, por una parte, y el alto costo de los servicios básicos, casi todos privatizados en los años de la dictadura o bajo los gobiernos de la transición democrática, por otra. Si bien el PIB per cápita de Chile es de USD 25 mil aprox. (1,5 millones mensuales per cápita), siete de cada diez trabajadores gana apenas un tercio de esa cifra.

No por nada, la diferencia de ingresos entre

el 10% más rico y el 10% más pobre llegó a ser en 2017 del orden de 39,7 a 1.

Esta situación deja a una parte importante de la población en manos de servicios públicos paliativos miserables o, en la práctica, sin ningún tipo de seguridad social. Frente a esto, se recurre al endeudamiento en la banca: créditos para estudiar, para comprar mercadería, para pagar prestaciones de salud, para comprar viviendas o vehículos.

La deuda no solo es una “excepción” financiera frente a los riesgos de la vida, sino que es la extensión del sueldo que permite asumir las privatizaciones de parte de los servicios públicos (la educación y la salud son los dos mejores ejemplos de esta función del endeudamiento), el



consumismo necesario a una economía ortodoxa y el aumento del precio de la vida (como un alza del pasaje de metro).

Pero vivir endeudado no es una estrategia ni una opción. ¿Quién quiere vivir así? El alto nivel de endeudamiento en Chile (que alcanza un equivalente al 74,3% de los ingresos por hogar disponible<sup>1</sup>) es simplemente una fisura en un sistema económico que no da el ancho.

**Junto con el endeudamiento, el principal**

---

<sup>1</sup> Esto quiere decir que una persona que tiene un ingreso mensual de 400 mil pesos, mantiene una deuda bancaria y crediticia de \$3.600.000 en promedio.

efecto de esta situación es la segregación. La minoría con rentas reales sobre los 4 millones de pesos mensuales vive en barrios alejados del resto de la población, cuentan con más de una propiedad (casa de veraneo o para arriendo), recurre a prestadores de salud privada, estudia en colegios y universidades exclusivas y tiene capacidad de ahorro para enfrentar el retiro o las emergencias de todo tipo. Para ellos, que proveen los cantones de la elite política y económica, el país crece de manera próspera. Por tanto, los mismos viven y estudian con los mismos, es decir, los pobres con los pobres y los ricos con los ricos, en una extraña especie de sociedad de castas que se articula de facto y se refuerza precisamente por medio de legislaciones, regulaciones y normas

implícitas reproducidas en colegios, clubes y la vida social.

La subjetividad del hombre endeudado pone en juego la idea misma de porvenir y la política entendida como proyección en el futuro. Trabajar para pagar las deudas sume a la mayor parte de la población en un presente angustioso e interminable (pues la morosidad nunca concluye) e impide que las personas puedan proyectar personal e individualmente un futuro mejor.

Es la moralidad de la deuda: vivir para pagar ininterrumpidamente y, por eso, mantenerse sumiso y domesticado. Si no se pagan las deudas (no elegidas libremente, sino que tomadas por obligación, para estudiar, costearse un tratamiento



médico o, simplemente, ser enterrado tras el fallecimiento) viene la morosidad: una especie de culpa que consume toda expectativa de futuro.

El deudor, dice Lazzaratto, no solo está desposeído de riqueza, sino también de porvenir. Al movilizarse masivamente, la población chilena empezó a rebatir esta moralidad, a imaginar su propio porvenir, a insistir en su capacidad de crearse un futuro.



## **La injusticia**

Las políticas neoliberales, que deploran el conflicto de fuerzas políticas como vía de desarrollo y enmascaran la política con un conjunto de decisiones técnicas, solventadas en la aparente objetividad de los datos, legitiman y naturalizan la desigualdad social con un orden jurídico e institucional altamente excluyente.

Así, la vivencia cotidiana de la precariedad es acompañada de la conciencia de que existen dos sociedades: la de los ricos y la de los pobres, la de los dueños y la de los empleados, la de los emprendedores y la de los consumidores, los flexibles y los precarios, los acreedores y deudores, los exitosos y los fracasados.



Esta brutal oposición, que se corresponde en un nivel más profundo con el desarrollo de las tecnologías administrativas y bancarias de los perfiles construidos a partir de *Big Data* por el *marketing* y las ciencias sociales, es la que ha sido develada por estas manifestaciones.

Ya no basta con los despliegues gubernamentales de una comunicación política vacía de contenido. No basta con gestionar las opiniones mediante el *marketing* político duro, como si el mundo social pudiese ser administrado solo por

las “habilidades blandas” de políticos profesionales ineptos y carentes de visión global. La técnica económica no puede avasallar a la política.

La creciente percepción de injusticia que esta situación plantea, acrecentada por la impunidad en la que concluyen diversos casos de corrupción política o colusión económica, han restado legitimidad a la institucionalidad política ante los ojos de buena parte de la población. Los perdonazos a los grandes evasores de impuestos, las ridículas penas y multas para empresas coludidas, la facilidad con la que se conforman monopolios de mercado en la provisión de servicios básicos, con la diligente ayuda de legisladores y jueces, hizo su parte.



El rechazo al macabro matrimonio de la elite política con la económica, fuente constante de penurias para la población, es patente en la reciente encuesta Cadem (usada por el propio gobierno para orientar sus decisiones), publicada en medio de la crisis, que señala que la reprobación de Piñera, figura epigonal del político-empresario, alcanza el 78%, mientras que su ínfima aprobación es de apenas un 14%, la peor en décadas.

Entre otros factores, la injusticia del orden social ha contribuido a minar la credibilidad de la institucionalidad política y judicial,

la probidad de las fuerzas policiales y empresariales y, en definitiva, a la estructura democrática. Bomberos es la única institución que goza de la aceptación común de la sociedad.

Para una gran cantidad de la población, que sabe que está marginada de la sociedad “de ellos” y cree firmemente que nada va a cambiar, es simplemente claro que, detrás de la fragmentación de los “perfiles de consumidores”, esta versión de la democracia, este Estado y este orden social no son los suyos.

Estas ideas deben ser determinantes en la baja participación y legitimidad políticas de buena parte de la población y, sobre todo, de la generación, determinada como “indecisa” por el marketing



electoral, que predominantemente lleva adelante la protesta. Son ellos quienes progresivamente en los colegios y universidades han comenzado a desarrollar formas de sociabilidad y subjetividad políticas insospechadas, poco comprendidas por los adultos, sobre todo aquellos que, vociferan, “lucharon contra la dictadura”.

## La subjetividad

La injusticia y desigualdad se sostienen en un tipo particular de subjetividad política, basada en el consumo, presentista, que incentiva la competencia en lugar de los lazos comunitarios y que promueve maneras psíquicas y económicas de desarrollo individual en línea con una exigencia de conformidad social espeluznante.

Esa subjetividad hasta hoy ha puesto sus fichas en la idea de la manoseada meritocracia, en que el desarrollo tiene su origen y fin en el individuo. Y no reconoce, también hasta hoy, el apoyo de instituciones tradicionales y del mismo Estado, el que a diferencia de lo que



se sostiene en gran parte del análisis ramplón, no desapareció, sino que bajo el neoliberalismo tomó un decidido carácter de clase en defensa de los grandes empresarios.

Esta mentalidad se extiende en buena parte de las amplias, heterogéneas e imprecisas clases medias, tanto entre los grupos aspiracionales que perciben efectivamente algunos beneficios materiales y simbólicos de la sociedad neoliberal, como entre las clases bajas que han sido cooptadas por este modelo de desarrollo, desarticulando



sus antiguas formas de organización barrial, de clase o comunitarias.

Lo paradójico es que estos mismos grupos sociales son los más afectados por los bajos ingresos y el alto costo de la vida, lo que pone en contradicción sus vivencias cotidianas con dicha subjetividad.

No es raro, entonces, que una parte de los mismos grupos sociales que votaron por Piñera a fines de 2017 con la expectativa de acelerar el crecimiento económico bajo la vía del chorro, salgan ahora inorgánicamente, junto con los estudiantes, a repudiar los fracasos del neoliberalismo. Estos grupos evidentemente le cobran a Piñera las promesas de “tiempos mejores” desplegadas en su campaña.



La subjetividad neoliberal está siendo interpelada ahora a partir de nuevos imaginarios sociales y políticos, principalmente entre los estudiantes. Idearios políticos radicales, teorías feministas, la creciente preocupación por la catástrofe ambiental, contribuyen desde sus trincheras al cuestionamiento del orden presente.

El conflicto entre estas subjetividades políticas parece no cruzar, sin embargo, el umbral de los grupos privilegiados de la sociedad. Una combinación de fervor religioso y fervor liberal, en partes iguales

con convicciones políticas conservadora y un imaginario heredero del “triunfo” en el derrocamiento del gobierno de Allende, no solo no puede poner en duda el orden presente, sino que lo defiende rabiosamente.

Y esto es complejo, porque conjuntamente con el “despertar” de la sociedad se cimentan y se despliegan verdaderas subjetividades antidemocráticas propias de una mezcla entre ortodoxia de mercado y fascinación autoritaria.

No puede ser de otro modo. Una economía como la chilena, muy dependiente de los commodities y tremendamente poco innovadora, sólo puede producir grandes rentas de capital bajo una estructura rentista, manteniendo los



costos de producción bajos por medio de salarios de hambre y políticas de recursos naturales extractivistas.

En otras palabras, el abuso denunciado por las manifestaciones es el sostén estructural de los privilegios de la elite. Y, por ello, el sentido profundo de la protesta es intrínsecamente político (no económico) y su solución, lamentablemente, es incierta. Pero abre un sinfín de posibilidades a una imaginación política que, luego de la “marcha más grande de la historia”, está funcionando en varias direcciones para ampliar los límites de lo posible.

La política.

# La política

Fue el propio gobierno quien encendió la mecha de la manifestación con las declaraciones del ministro de Economía, Juan Andrés Fontaine: ante las quejas por el alza del pasaje de metro (que llegaría a \$830 en las horas punta), dijo que podrían ahorrar quienes quisieran “levantarse más temprano”. Luego, las primeras evasiones durante la semana fueron minimizadas, enviando a las fuerzas especiales de la policía a enfrentar a los desobedientes.

La reacción fue en cadena: enfrentamientos, paralización del metro, destrucción de las primeras estaciones. A media tarde del viernes 18, el gobierno ya no sabía qué hacer. Hubo aquí una terrible mezcla de indolencia y mala conciencia con ineptitud, dos ingredientes fundamentales



que explican el nivel de rabia presente en la población y que grafican la distancia de una élite demasiado cómoda en sus privilegios y completamente disociada de la población.

La narrativa oficial fue la misma que en casos anteriores: se trata de delincuentes, comunistas y anarquistas que solo quieren dañar y destruir al país. En algunos círculos sociales, incluyendo los de la primera dama Cecilia Morel, se habló incluso de un plan concertado para desabastecer al país. No tardaron en aparecer rumores acerca de la intervención venezolana o cubana en estos



planes. Cuando ya varias estaciones de metro ardían, el gobierno declaró el Estado de Emergencia y sacó a los militares a la calle.

La derecha y el gobierno se enmarcaron en la narrativa presidencial, con intentos de algunos personajes (como Mario Desbordes o Manuel José Ossandón, de RN) por sacar réditos personales, asumiendo que ellos habían advertido el estallido, hace tiempo –y, por eso, serían buenos presidentes.

La exconcertación guardaba silencio, esperando a ver qué pasaba. El Frente



Amplio levantó la consigna de no dialogar ninguna salida política a la crisis hasta que se depusiera el estado de emergencia. El gobierno, como era lógico, les reprochó tal actitud, acusándolos de ser un obstáculo a la solución de la crisis, de plantear división en momentos en los que se requiere unidad (¿de quiénes? ¿contra quiénes?).



## Estamos en guerra

Al no poder contener la manifestación de esta manera, a partir del domingo 20 el gobierno introdujo un matiz en su relato: las demandas eran justas, entendían el sufrimiento de los chilenos, y distinguían a estos “buenos compatriotas”, que se manifestaban justamente y formaban parte del nosotros, de los vándalos y delincuentes, que remitían más bien a un “ellos”, supuestamente fuera de un pacto social inexistente (¿un intento de quebrar el apoyo social que reciben los manifestantes?).

Interesante es constatar que aquel pacto es una figura falaz, pues a nadie se invitó a su creación.

La noche de ese domingo, en cadena



nacional, Piñera señaló que “Estamos en una guerra contra un adversario formidable”. Esa frase, enmarcada en la estrategia de criminalizar, excedió el efecto de la misma narrativa y produjo una reacción adversa a la estrategia del gobierno. Las masivas marchas del 21 y el 22 (pacíficas, por lo demás), son la contestación evidente a esto.

Claro, ese adversario que siempre se construye para agrandar la gesta propia, no existía. Era simplemente una mala excusa, de suyo inverosímil, pero con una potencia inusitada para enardecer más los ánimos.

En estas circunstancias, el rápido trámite de la paralización del alza de la tarifa del metro quedaba superada por la emergencia, más amplia pero más difusa, de justicia social.

La respuesta del gobierno consistió, primero, en un conjunto de “ofertones” cosistas: rebaja en el precio de los remedios, subsidios a jubilaciones, etc. Ahora se abría ya al congelamiento de sus reformas legislativas y un cambio de gabinete aparecía bien probable.

La respuesta estuvo lejos de ser satisfactoria. Más bien pareció una forma de gatopardismo concertado entre la derecha y algunos partidos de la oposición: una agenda de medidas paliativas para compensar la enorme desigualdad, transfiriendo aún más recursos públicos al gran capital y, por tanto, sin hacer ninguna



reforma realmente estructural.

Se hace difícil distinguir con certeza cuánto de la gravedad, desde levantamiento, se debe al propio presidente Piñera y al accionar de su equipo, y cuánto al propio estado de conflictividad latente producto de las desigualdades que persisten en el país.

El manejo errático de los primeros brotes de descontento, sumado a la actitud que, con justeza, fue denunciada como “apagar el fuego con bencina”, contribuyeron fuertemente a incrementar tres tipos de emociones: sorpresa, cólera y tristeza.

## Pedimos perdón

¿Quién aconsejó a Piñera decir que estaban en guerra contra un enemigo poderoso?

¿Quién lo persuadió de develar la auténtica naturaleza de nuestro orden social, esta guerra de ellos contra nosotros? ¿Habrá sido Cecilia Morel, atemorizada de que una invasión alienígena la obligue a compartir sus privilegios, como se deja oír en una conversación de whatsapp de la primera dama filtrada a la prensa?

Mientras las manifestaciones seguían, animadas por las palabras del mandatario, el gobierno se concentró en realizar a velocidad exprés su agenda legislativa, azuzando el avispero del congreso, mientras

no cejaba ni un ápice en su empeño por ejercer control social mediante la presencia militar y el discurso del miedo.

¡Nunca tantos parlamentarios trabajaron tanto en tan poco tiempo! Atolondrados, desempolvando proyectos de ley dormidos por años en el congreso, postergados por otros proyectos de exenciones tributarias o de dudosas modificaciones de articulados de leyes de pesca, reunidos en comisiones especiales, discutiendo, parloteando.

En paralelo, en un acto de genuflexión hipócrita, cuyo propósito fue aplacar la ira desatada el día anterior con su declaración de guerra, Piñera, sus ministros, los parlamentarios del oficialismo y los políticos de oposición, desfilaron intermitentemente por los medios pidiendo perdón: “No leímos las señales, no supimos comprender,



escuchamos ahora con humildad...”

Al tiempo que la procesión autoflagelante se desarrollaba en los medios, el ministro del Interior insistía en el congreso sobre la amenaza de los vándalos para justificar el estado de emergencia. Entre tanto, Jaime Bassa, abogado constitucionalista, planteó argumentos legales que interpretan que el estado de emergencia decretado es inconstitucional y, por tanto, el toque de queda, el uso de fuerza militar y las detenciones realizadas desde el 18, son absolutamente ilegales.

Nuestros representantes y servidores públicos, que representan y sirven solo los intereses de su sociedad, estuvieron frenéticos estos dos días. Se congeló la tarifa del metro, se reordenó la agenda legislativa, hubo tensas negociaciones, se aprobó la idea de legislar la reducción de la jornada laboral. Pildoritas.

En la calle, las concentraciones más grandes de esta movilización gritan “¡Chile despertó!” y añaden enseguida: “¡Renuncia Piñera! ¡Renuncia Chadwick!” En la mañana del sábado 26, el presidente anuncia que ha pedido la renuncia a todos sus ministros. La maniobra intenta quitar presión al manejo de la crisis e inicia un tercer intento del gobierno por enmarcar el problema: “Ya los hemos escuchado, déjenos actuar”.



## Chile en marcha

La intendenta Karen Rubilar y el presidente Piñera llevan estos nuevos intentos al paroxismo. Tras la histórica marcha del 25, Piñera tweetea que la “alegre marcha” abre caminos para todos, porque “todos hemos cambiado”. Rubilar pretende que la manifestación fue en apoyo al gobierno. Les sigue el resto de la elite política: el intento ahora es de reappropriarse del sentido del movimiento para poder capitalizar sus logros.

Evitan así buscar un culpable, bajo la excusa de que lo importante es enfocarse en las soluciones, poniendo siempre por delante el interés nacional. Esconden el hecho de que la clase política que lleva décadas

distanciándose de nuestra sociedad no tiene la capacidad ni la legitimidad para resolver la crisis. Pero, críticamente, nadie más puede hacerlo.

En esta narrativa, el verdadero peligro era otro: convertir la protesta en una suerte de cruzada solidaria. En eso la derecha tiene experiencia. El nuevo relato del gobierno se compone de estos elementos: vecinos y organizaciones cristianas que salen a limpiar las barricadas y a pintar los rayados; alcaldes que promueven la recuperación del comercio local.

Es el marco propicio para que una manifestación política parezca nada más que un conjunto de problemas que pueden ser solucionados con la puesta en marcha de nuevos subsidios y bonos. Nada más peligroso para los intereses de quienes

**La política.**

**Chile en marcha.**



buscan cambiar Chile.

La oposición ha sido tímida. Los partidos de la exconcertación acudieron solemnes al llamado de la unidad nacional, temerosos de que los manifestantes recuerden que ellos son los grandes artífices del perfeccionamiento de la desigualdad en Chile. Socialistas, comunistas y el Frente Amplio fueron más reticentes, no por ello más efectivos.

A pesar de las tensiones que se han visto en las discusiones parlamentarias, lo cierto que hubo un grupo que intentó darle una vez

más una chance a Piñera. Mientras, los otros partidos actúan de manera más estratégica, oscilando entre construir un canal de colaboración o asumir una posición más confrontacional con el ejecutivo.

El lunes 28 se concretó el cambio de gabinete. Apenas seis nombres nuevos (no tan nuevos, la verdad) para dar un “nuevo aire” a un gabinete que, en lo central, sigue representando los equilibrios de poder que la manifestación ha interpelado.

Tras la decepción de las medidas anunciadas, la nueva decepción del gabinete señala que el gobierno no tiene las herramientas ni la capacidad de entender realmente lo extenso y turbulento que es el océano de malestar que separa su oasis de los espejismos de nuestro desierto.

La violencia.

# La violencia

Un elemento central de la irrupción social y de la narrativa del gobierno es la violencia. Lo que está en disputa es su legitimidad. El gobierno ha insistido, junto con los medios de comunicación que lo secundan, en que la violencia es ilegítima, que es expresión de mera delincuencia, que debe ser unánimemente rechazada (reprochando con ello a los manifestantes y a quienes los apoyan).

Hasta el domingo 20, manifestación y violencia eran exactamente lo mismo. Para el gobierno, los manifestantes/anarquistas eran los causantes de la violencia. Desde el lunes 21, tanto el gobierno como los medios comenzaron a modificar el relato, distinguiendo entre “violentistas” y “manifestantes pacíficos”.

Los largos minutos en que todos los canales



de televisión abierta y CNN partieron sus pantallas mostrando la movilización en Plaza Baquedano y la de Plaza Ñuñoa son muy ilustrativos de este enfoque o frame. Mientras en el primer caso, los guanacos y los efectivos policiales y militares dispersaban a los manifestantes, en la Plaza Ñuñoa, al menos hasta el lunes en la noche, no llegaban efectivos ni policiales ni militares.

El mensaje resultante era claro: están los ciudadanos que se portan bien y que hay que felicitar, todos aquellos que inundaron sábado, domingo y lunes la plaza Ñuñoa, y



los agitadores que se congregaron en Plaza Baquedano por el afán de hacer desmanes. Una de las principales diferencias es que en el centro había un enorme despliegue de militares y policías, mientras que en Plaza Ñuñoa no había ni unos ni otros.

Sin embargo, en el mismo momento, militares se instalaron en la avenida Apoquindo, que conectan los barrios altos con las comunas de clase media y el centro, para contener la marcha que “subía” hacia los primeros. Si hay una tolerancia hacia cierto tipo de ciudadanos

**La violencia.**

**La violencia.**



y de manifestaciones, no se puede dejar accesible a estos los intereses de las clases más altas y sus lugares de vida.

En este juego de contención y represión, bien se ve que no hay pacto social, más allá del acuerdo entre gobernantes y militares para proteger los intereses de los primeros.



## **El sentido de la violencia**

En un sentido histórico, sin embargo, la violencia es un componente inevitable de este tipo de procesos sociales. Deplorable, lamentable, dolorosa para las víctimas, pero previsible. Desde la toma de la Bastilla hasta Tiananmen, sin hablar de las revueltas medievales o antiguas, “la violencia ha sido la partera de la historia” y los movimientos obreros y feministas del siglo XX, que consiguieron el reconocimiento de derechos laborales y políticos básicos (como el voto femenino o el día de descanso legal) no se desarrollaron sin cuotas, a veces cruentas, de violencia.

Nosotros tenemos, en la chilenización del Wallmapu y el golpe de Estado de 1973,

dos excelentes ejemplos de procesos sociales reformadores que tuvieron como componente estructural la violencia (una selectiva, dirigida, persistente, no explosiva ni ocasional como esta).

Toda esa distinción entre “buenos” y “malos” ciudadanos no corre para los pobres de Quilicura, Puente Alto, Renca o Lampa, sólo por nombrar algunas comunas. En esos territorios, según la autoridad, todos los habitantes son posibles saqueadores, y por lo tanto, posibles amenazas para sus propios vecinos.

En estos lugares, en donde también se concentran las muertes, los abusos sexuales y los desaparecidos, el sólo tocar la cacerola desde tu patio implica el riesgo de un perdigón. Todo este desborde que tuvo

**La violencia.**

El sentido de la violencia.



como su principal agente de difusión a los medios de comunicación tradicionales, sólo responde a una fórmula tecno-comunicacional anclada firmemente en la criminalización, el miedo y la tensión permanente.

El discurso sobre la violencia trae a la superficie, de manera lamentable, otra forma de imaginar la diferencia entre las dos sociedades que hay en Chile: la que se imagina pacífica, capaz de resolver los conflictos por medios legales (porque la ley los favorece), y que imagina a

los otros como objetos de una contención insoslayable.

No es casual que esta nueva trinchera que se levanta al interior del movimiento social se consolida en paralelo a la emergencia de nuevos espacios de protesta en la ciudad. Mientras la movilización llega rápidamente a barrios donde la protesta es una novedad (Las Condes y Ñuñoa), la fantasía de creer que el mundo popular es lumpen se cae en pedazos.

Insistir, por tanto, en que hay buenos y pacíficos manifestantes, por un lado, y saqueadores violentos, por el otro, es políticamente desmovilizador. Es una idea que reproduce la división real de nuestra sociedad y le impide, la hace parecer como algo que siempre ha sido así.

¿Y a quién le conviene eso? Si la manifestación puede superar la idea de que hay dos sociedades enfrentadas y afirmar, en cambio, que su movilización es en favor de *toda la sociedad*, las élites ya no podrán poner al ciudadano contra el ciudadano.

(¿Es cierto entonces que los manifestantes son violentistas? No en el sentido que plantean los medios tradicionales y el gobierno. Se trata de entender que incluso el violentista es parte de la sociedad, y que su violencia también lo es. ¿Por qué la violencia solo se puede invocar para *salvar la sociedad*, como en 1973, pero no para transformarla?)

## **El relato de la violencia**

El problema, por tanto, no parece ser la violencia sino la narrativa en torno a ella. Los actos violentos en las manifestaciones comienzan, por lo general, cuando irrumpe la acción policial. En ese sentido, las puras cifras avalan que la declaración de guerra fue una búsqueda desesperada por justificar una violencia que iba a ocurrir de todas maneras. Una guerra expresada en hervideros de policía infiltrada y agentes provocadores que, en vez de atemorizar a la población, terminan envalentonándola.

Los saqueos e incendios, por otra parte, parecen no tener ningún sentido más que la manifestación colectiva de rabia e indignación dirigida contra los bienes de propiedad.



Indudablemente hay un componente de ocasión para el delito común, y también para la manifestación de una “mentalidad” de consumidor oportunista. De alguna forma, los vecinos que vieron en la protesta la oportunidad de conseguir un TV plasma, no importa si pagando o robándolo, son winners neoliberales.

Por otra parte, es interesante pensar que, contra lo que plantea la narrativa del gobierno, los “violentistas” no atacan ferias, almacenes barriales, bomberos, etc.; por el contrario, sus objetivos bien pueden contener cierta “politicidad”, toda vez que

los ataques están dirigidos a las grandes empresas que manejan el crédito (retail, la banca) o han privatizado los servicios sociales colectivos (AFP, Essal).

Desde este prisma, incluso el exabrupto delictivo parece ser una respuesta a las formas de “violencia estructural” que los manifestantes denuncian, además de expresiones residuales de agentes provocadores que buscan redireccionar hacia el caos y el lumpenaje las manifestaciones.

En esta línea, tiene pleno sentido una consigna que se repite insistentemente en todas las manifestaciones, en los rayados y en los saqueos desde el mismo viernes 18: que arda todo. Que ardan los pacos, que arda el capital, que arda Piñera. Puede que



**La violencia.**

El relato de la violencia.



no sea un texto político viable, pero es la manifestación patente de la profundidad, energía, ramificación y extensión de la rabia y frustración de la población.

Quizás una manifestación más elocuente que las propias movilizaciones.

## **El miedo**

La violencia genera también una reacción de miedo en parte de la población. El gobierno ha utilizado esto en beneficio de la narrativa del “caos delictivo”, para suscitar apoyos en la base social: que los delincuentes están atacando indiscriminadamente todo el comercio, que se puede producir desabastecimiento, finalmente, la reafirmación de la tesis que sostiene que “estamos en guerra”.

El miedo desplegado ha provocado también diversas reacciones: colas en supermercados y estaciones de bencina, por una parte, vecinos con chalecos amarillos, autoorganizados para defenderse de los “violentistas”, por otra.



A esto se suma la explosión de videos tomados desde celulares, en los que se ha visto a los efectivos de fuerzas especiales y militares avivar el fuego de las barricadas, facilitar los saqueos o, como se ve en grabaciones francamente vergonzosas, meter mercadería en la maleta de sus vehículos de servicio.

## **La memoria**

Un aspecto insoslayable de estas movilizaciones son las reminiscencias que traen respecto del golpe de 1973 y la dictadura militar. Su recuerdo revive tanto la rabia como el miedo.

La presencia de los militares en la calle activa la memoria, y junto a ello, las consignas y conductas relacionadas. La dictadura tiende un halo simbólico sobre la violencia desatada desde el inicio de las manifestaciones y, por tanto, dota también de sentido político los sentimientos más primarios que acompañan este proceso social.

Progresivamente, se han hecho visibles los testimonios de abuso policial y militar, particularmente con el caso de un eventual centro de detención y tortura en la comisaría que funciona en la estación de metro Baquedano, bajo la plaza Italia.

Estas denuncias y su investigación por parte del INDH ha mellado en parte la narrativa del gobierno y ha obligado a poner en la palestra también la violencia del gobierno, no solo la de los “anarquistas”. En este punto se acrecienta la sospecha de que estamos frente a la punta de un iceberg que desnudará los elementos centrales que constituyen el objetivo último de las fuerzas represivas.

La violencia.

Los militares.



## Los militares

Al declarar el estado de emergencia, Piñera sacó por primera vez desde 1987 a los militares a la calle. Delegó la tarde del viernes 18 la declaración del toque de queda en el general Jorge Iturriaga, jefe de la Defensa Nacional y comandante de la plaza de Santiago, y con estas decisiones el gobierno incendió aún más la pradera.

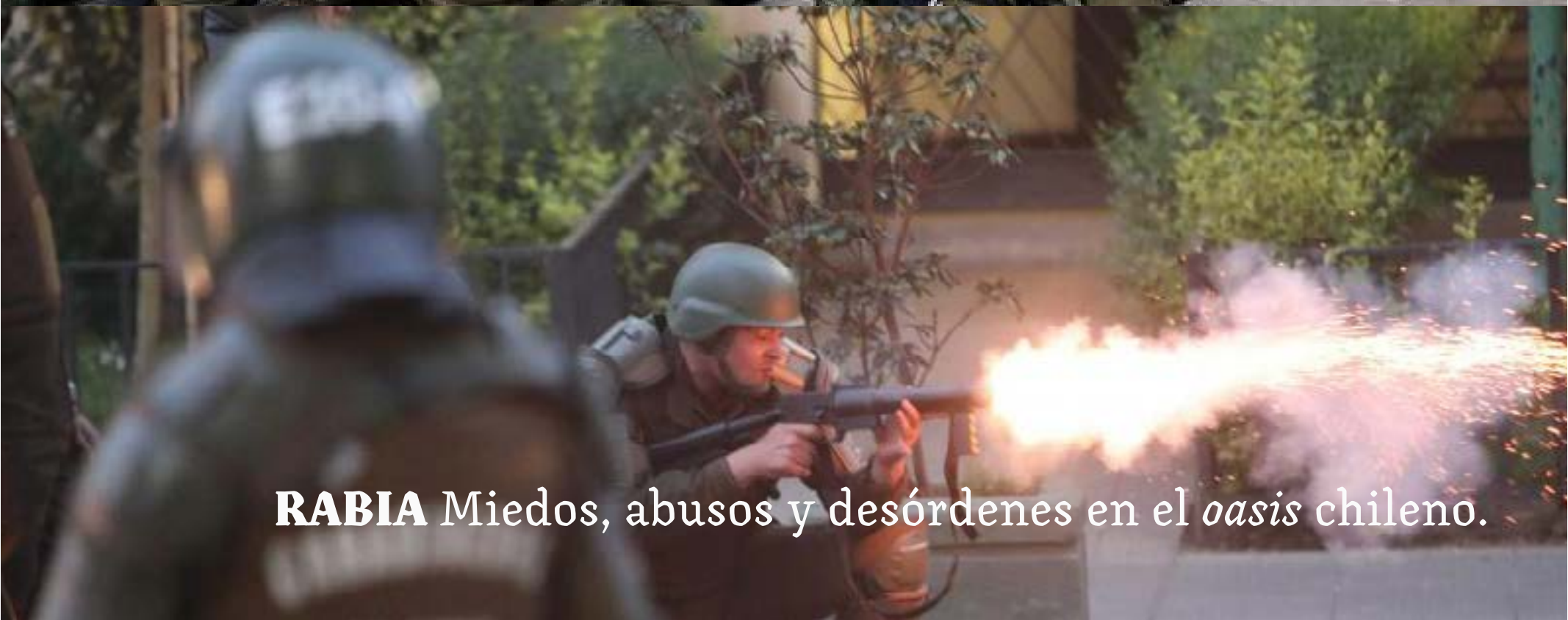
La presencia de los militares en la calle ha suscitado reacciones contrapuestas. Por un lado, ha reactivado la memoria traumática



de los eventos de la dictadura, generando en partes iguales miedo y rabia (lo que explica el recrudecimiento de la respuesta de una parte de los manifestantes).

Por otro lado, los nacidos después de 1990 han interpretado la presencia militar como una respuesta excesiva contra la manifestación y un desafío, y bajo la consigna de “Ya no tenemos miedo” desafían ellos también al gobierno.

La violencia.



**RABIA** Miedos, abusos y desórdenes en el *oasis* chileno.



## **Los derechos humanos**

De hecho, durante todos estos días las concentraciones no se han detenido y las manifestaciones continúan varias horas tras el inicio del toque de queda, lo que refleja que la población no asume el estado de emergencia como una situación legítima de orden y seguridad. La medida de Piñera se ha transformado en ocasión para la desobediencia.

El general Javier Iturriaga ha sido presentado por los medios como un militar prudente, y parece que lo es. Durante el domingo 20 y lunes 21 no se dio orden al ejército de actuar directamente contra los manifestantes y parece, según las pantallas de televisión, que la presencia del

ejército tuvo solo un papel de intimidación, mientras que recayó en la policía la disolución de los manifestantes y sus barricadas.

Puede ser interesante pensar que el actuar de Iturriaga, al permitir el curso de las manifestaciones en lugar de reprimirlas, es lo que le dio al gobierno el espacio necesario para una (mínima) gestión de crisis.

En una conferencia de prensa, el lunes 21, Iturriaga afirmó que él no “está en guerra contra nadie”. Comentaba con esto la declaración del presidente Piñera la noche anterior. Es una de las desafinadas declaraciones más simbólicas acerca de la voluntad del gobierno de criminalizar la crisis (y que le costaron al general la conducción pública del estado de

emergencia, pues nunca más habló frente a los periodistas).

Sin embargo, los organismos de derechos humanos, principalmente del Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH), han conseguido visibilizar una serie de denuncias que, lamentablemente, nos hacen dudar de la prudencia militar.

Cientos de casos de abusos de fuerza, de abuso sexual contra las mujeres en las comisarías, pérdidas oculares por el impacto de balines, han planteado cuestionamientos al actuar de los militares cuando no han cámaras cerca. Incluso se han llegado a plantear dudas acerca del número de fallecidos, que sería mayor al informado.

## 1973

Al otorgar la mantención del orden a las Fuerzas Armadas, Piñera removió el recuerdo de 17 años de régimen autoritario y las violaciones de derechos humanos. Podemos apostar que este problema se situaba lejos de la preocupación de los estudiantes que iniciaron las evasiones masivas.

La memoria ha sido decisiva para movilizar y concentrar fuerzas de contestación contra las injusticias y los abusos. Una vez más, el vínculo con los treinta años de postdictadura es decisivo. La memoria emerge como deuda.

El discurso que ha justificado el estado de emergencia y la vigilancia militar en las

calles es precisamente el mismo que el discurso que justificó el golpe de Estado: “salvar la democracia” por las armas de los uniformados.

Este discurso se reforzó soterrado después del golpe de 1973, y a lo largo de los años de dictadura. Se extendió al campo político, mediático y hasta historiográfico, para forzar que los militantes y partidarios de la Unidad Popular y más generalmente del cambio social pidan perdón para el caos que provocaron y el trauma del golpe que generaron.

La resistencia que ha generado la presencia militar en el país bien muestra, por el contrario, que las movilizaciones tratan de cambiar el lugar de este perdón. Los fotos de detenidos desaparecidos colgadas en

los árboles plaza Italia, o los carteles y lemas que se expresaron en marchas; hasta los velatones para las víctimas de la propia protesta del 18 de octubre, muestran la conexión entre los abusos, las injusticias, la deuda económica y la memoria.

Y se abren pistas decisivas que cuestionan la constitución de 1980, promulgada durante el régimen autoritario y todavía vigente, desde el problema memorial del excesivo uso de la violencia estatal en Chile y de un permanente régimen de excepción.

Los medios.

# Los medios

La actuación de los medios durante esta manifestación social ha sido deplorable. No solo se ha hecho evidente el carácter monocorde de su cobertura (la misma en todos los medios, que es, por lo demás, la misma del gobierno) sino también la pobreza de su práctica profesional, esto nos hace preguntarnos incluso por los argumentos y principios más profundos que articulan la promesa del periodismo.

Desde el mismo viernes en la tarde (y los días anteriores) los medios cubrieron las evasiones masivas como actos delictivos, enmarcando la noticia en la espectacularidad de la narrativa del miedo. Durante sábado y domingo, los noticieros transmitieron ininterrumpidamente imágenes de los saqueos, de los incendios,

de las barricadas, de los encapuchados enfrentando a la policía, focalizándose en un estado de guerra.

La condena de las formas “no pacíficas” de protestas corresponde a un nuevo episodio en la instalación de la famosa cláusula democrática, la de las garantías que, bajo una nueva forma, busca asegurar las condiciones básicas sobre las cuales se apoya el régimen democrático.

Detrás de su voluntad de unanimismo, la condena discursiva de la violencia persigue la consagración de las formas correctas de expresarse en política. En ese sentido, un tal arbitraje no deja de representar una trampa para el movimiento social.



## Crear el miedo

Fue particularmente llamativa la obcecación de los medios con la narrativa del miedo. Por ejemplo: en varias oportunidades las cámaras muestran manifestantes pacíficos mientras el relato del periodista señala que se están enfrentando. También pudimos ver en otras oportunidades las cámaras cambiar el foco desde las marchas pacíficas hacia un disturbio aislado, y detenerse en la transmisión de este último.

En otras ocasiones los periodistas cortan al aire a jóvenes que no desean hablar de los saqueos sino de las demandas sociales. Los lugares reporteados son mayormente los donde existen más posibilidades de

Publicado por GINETTE DÍAZ  
67,176 reproducciones



colapsos violentos. Los pocos focos menos revoltosos se usan como contra-modelo, un punto de contraste presentado como punto de fuga.

Es más, los despachos sobre manifestaciones pacíficas están circunscritos a ciertos lugares que parecen validados por esta naturaleza propia, y que remiten a barrios o comunas de clase media y superior: Ñuñoa, Providencia, Las Condes, Vitacura.

Fuera de estas comunas, los “vándalos”, los que por naturaleza no son buenos



ciudadanos según Piñera, parecieran controlar el territorio. Y mientras se crea una frontera territorial y cultural entre la población, otros procesos y acontecimientos, las investigaciones de INDH, por ejemplo, quedan fuera de cobertura, solo se relataban los balances a lo largo del día.

El foco en lo delictivo hace evidente la tergiversación que el relato periodístico opera sobre los acontecimientos. La obsecuencia con las autoridades, a las que no se les interpela ni se les inquiere, la

Los medios.

Crear el miedo.



simplificación de los hechos y el recurso sin más al “mal” y a los “vándalos” como causa de la crisis, la impericia al invitar como panelistas o columnistas a los mismos de siempre (precisamente, a los interpelados por la manifestación), ha deflacionado la eficacia de los medios como agentes de comunicación.

Una interesante evidencia de esta comunicación sin eficiencia, es el abandono de las cifras y las estadísticas. La protesta social es, históricamente, un momento de batallas estadísticas, en el que los



INCENDIOS, DISTURBIOS Y SAQUEOS EN SANTIAGO

T13 00 02

“resultados” de la convocatoria permitiendo legitimar o descalificar un movimiento. Las cifras son particularmente decisivas en Chile, donde una retórica fría, hecha de tendencias, encuestas y estadísticas, se convirtió en un lenguaje dominante durante el período postdictatorial. Pero esta vez, las cifras fueron invisibilizadas tanto por el gobierno como por los medios de comunicación.

¿Cómo legitimar el espectáculo de la delincuencia si se convocaban las cifras de las multitudinarias marchas pacíficas? ¿Cómo competir para la legitimidad



## INCENDIOS Y SAQUEOS EN EL CENTRO

tele13 radio 103.3 FM www.t13.cl @teletrece f teletrece t13 t13

T13

23 16

SANTIAGO

si se comparan las marchas en favor del cambio social con los números de los agrupamientos reaccionarios, tales como lo que J. A. Kast convocó (antes de cancelarlos)?

La pobreza de recursos de los periodistas es desoladora. Además de la vocería de las autoridades y el reporteo en terreno sin ninguna profundidad, se replican tweets y se reproducen imágenes y videos publicados en redes sociales sin ningún tapujo. Estas movilizaciones han puesto en evidencia el estado crítico del pluralismo mediático en Chile.

## La revuelta

Los manifestantes por supuesto han reaccionado a esto y se repiten desde el domingo las consignas: “La tele miente”. En los despachos en directo, los propios movilizados comenzaron a interpelar a los medios. Se comenzaron a escuchar estas declaraciones: me entrevistan, pero me van a cortar; me preguntan, pero van a mostrar otra cosa; no vamos a hablar con ustedes.

El cuestionamiento en vivo y en directo al papel de los medios removió la credibilidad y la identidad de los periodistas. En las redes sociales se viralizaron declaraciones de profesionales del área audiovisual, que rechazan la cobertura sesgada de parte de los canales. Se interpela fuertemente que los periodistas se limiten a reproducir



comunicados y declaraciones oficiales, sin recurrir a otras voces más cercanas al movimiento social o, al menos, con una mejor comprensión del problema.

Es llamativo que, en la percepción de la generación que inició la protesta (aproximadamente los nacidos después de 1998), los periodistas mienten por defecto, y sus medios para producir y divulgar información son esencialmente las redes sociales.

Para ellos los medios de comunicación no revisten credibilidad, están desprestigiados (y vale la pena pensar qué implica esto para



el futuro de los medios). El relato de los medios, por tanto, va dirigido a la población adpta al gobierno, a quienes no marchan, a quienes están asustados.

Y se revela una tendencia que ya vio entre otros países, con una escasa confianza en periodistas y medios, y un fuerte rechazo en su conjunto un elite en la que los periodistas, por su cercanía con la oligarquía económica y política, son incluidos.

Por esta misma razón, se leen en redes sociales mensajes de empoderamiento informacional acompañando los contenidos generados por usuarios. Un rechazo inédito a la potestad del medio para construir la noticia. La implementación de una comunicación directa que hace un directo guiño al repudio de la desconexión entre élites, los medios y el resto de la población.

## La distancia

Desde el lunes 21, en parte debido a la propia interpelación de los manifestantes, el tono del enmarcamiento mediático cambia y comienza a dar más cobertura a las manifestaciones y menos espacio a los saqueos.

Algo similar ocurrió, también por presión social, con las manifestaciones estudiantiles de 2011.

Pero en la urgencia y la inmediatez que los periodistas reclaman como un componente de su trabajo cotidiano (siempre, no solo frente a una crisis), este cambio no resistió volver a las pantallas divididas, que ponen en el mismo plano de importancia a las

marchas y los enfrentamientos, es decir, los equiparan.

Es decir, los medios hicieron el mismo giro que el gobierno: desde el relato del miedo, a la representación del abismo entre dos sociedades: su sociedad (la de las elites y los periodistas) y la nuestra.

Los canales de televisión resintieron las críticas. En la noche del miércoles 23 MEGA exhibió los videos de celulares que registraban abusos militares (sin comentarlos) y TVN dio espacio para la expresión del público y los manifestantes (sin cortarlos ni direccionarlos).

CNN ha adoptado la misma actitud, tratando de entrevistar a manifestantes, ha dejado espacio para las informaciones

sobre los derechos humanos, etc. Se trata de una pequeña, pero evidente, mella a la narrativa del miedo a la delincuencia. Pero a dos horas del toque de queda, todos los canales volvieron a obsesionarse con hechos de “delincuencia” y en particular la destrucción de un hotel de la zona de Plaza Italia.

La concentración de la propiedad de los medios puede explicar también la homogeneidad y el interés de este enmarcamiento. Los dueños de los periódicos y canales de televisión (Copesa, Edwards, Luksic, Turner, Solari) tienen también intereses en las grandes cadenas de retail, la banca, farmacias y el sistema financiero (precisamente, las empresas que han sido saqueadas e incendiadas).

## **Las redes sociales**

Las redes sociales han jugado un papel interesante en estas manifestaciones. A través de ellas se han convocado las marchas y cacerolazos. En ellas se han denunciado las tergiversaciones de la prensa y los abusos militares.

Han permitido filtrar algo que podríamos llamar “contrainformación”, a la vez que han servido para difundir rumores contra los manifestantes, como el supuesto Plan Punto Final del Frente Amplio o las diversas, y previsibles, indicaciones de alarma, desinformación o desabastecimiento. Han permitido la articulación de “servicios” decisivos frente a la situación: contactos de



médicos, abogados que proponen apoyo benévolo, y instancias de vigilancia de los derechos humanos, necesidades de insumos de saludo para primeros auxilios, etc.

Desde la tarde del miércoles 23, los medios han enfatizado el trabajo solidario de los vecinos que ayudan a limpiar o a transportar personas en sus vehículos particulares, han llamado a psicólogos para tratar los efectos de la movilización en los menores, etc. Es decir, el tratamiento de la crisis se asemeja a lo que se hizo con el

terremoto o lo que se hace con la Teletón, lo que también es una manera de despolitizar el conflicto.

Y se proyecta la agenda mediática que viene: lo más probable es que durante los próximos meses matinales y programas de sociedad se hagan cargo de este problema claramente prioritario...para patológicas un poco mas problemas que son, ante todo, políticos.

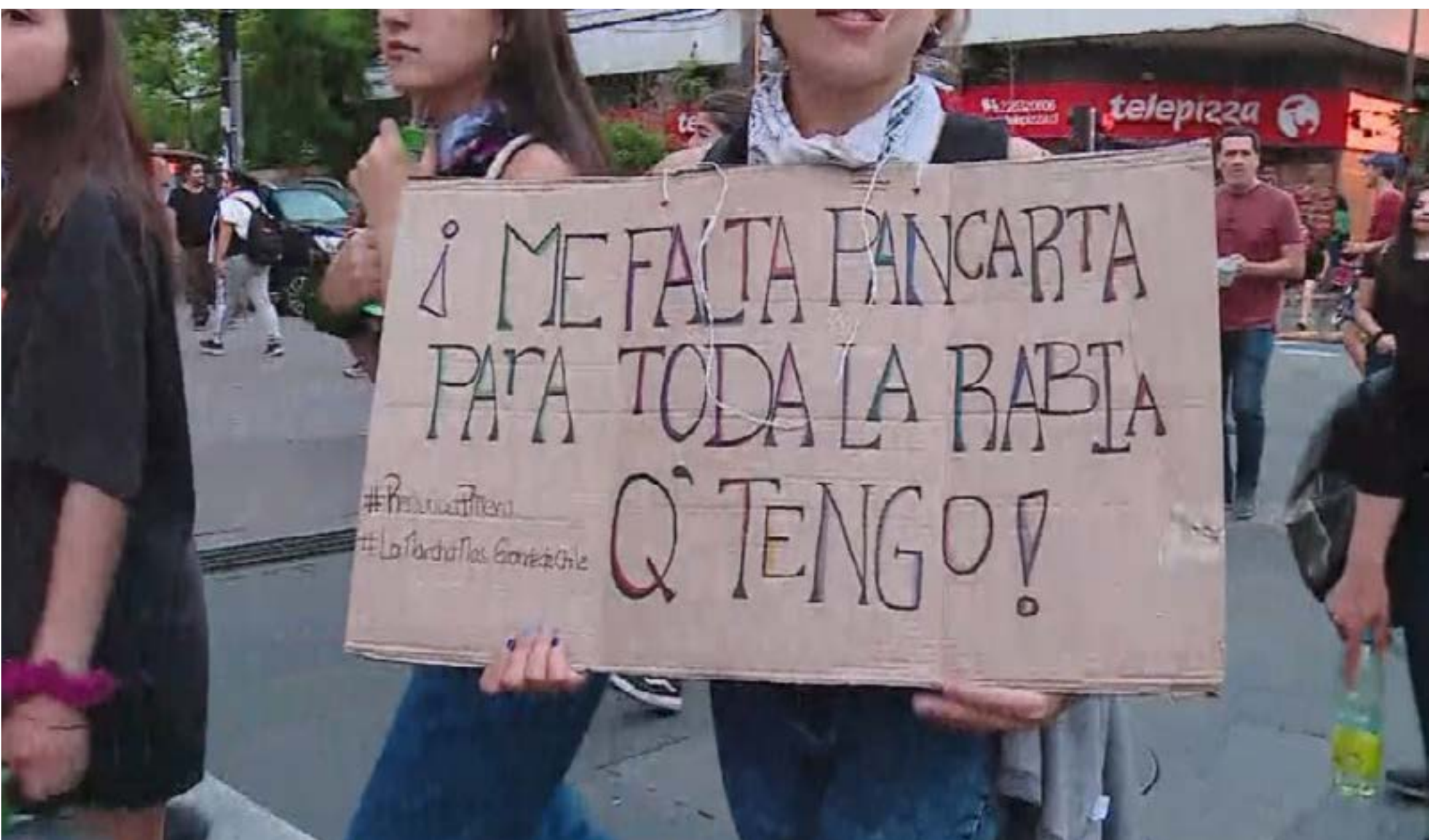
Lo que viene.

# Lo que viene

¿Cómo sigue la manifestación? ¿Cómo terminará la crisis? ¿Renunciará Piñera? ¿Contentarán sus medidas un clamor por cambios más profundos? ¿Nos conducirá este proceso a un “nuevo trato” social o a una nueva constitución? ¿Se producirá un cambio que corrija o aminore de manera suficiente las desigualdades en Chile? La protesta, dijimos, es política pero su contenido político no es explícito. La explosión de rabia y malestar ante las precarias condiciones de vida no va acompañada, en buena parte de la población, de una conciencia acerca de las raíces profundamente políticas de dicha desigualdad.

Es razonable pensar que para la mitad de los trabajadores que ganan menos de 500





mil pesos, un alivio en su capacidad de gasto y endeudamiento sea suficiente para deponer la movilización, sin cuestionar las bases del sistema político que lo legitima. Del mismo modo, un porcentaje importante de la población puede esperar una mejora de las pensiones sin importarle mayormente si estas se obtienen por medio de una capitalización individual o colectiva, o bien, que a un grupo importante de familias, pudiendo acceder a educación “de calidad” a un costo razonable (o gratis), no hagan mayor diferencia acerca de si esta es pública o privada.



En otras palabras, así como el orden neoliberal ha naturalizado cierta subjetividad política, cierto sentido común acerca de la vida cotidiana vuelve indirectas y difusas las relaciones entre la desigualdad y sus causas.

La presión del pequeño comercio por reabrir sus puertas, incapaz de resistir una paralización extensa del mercado (porque también son ellos “emprendedores” precarizados), puede restar a la movilización parte de su apoyo social.

La enorme diversidad de las demandas,

así como la compleja heterogeneidad de los manifestantes y de quienes los apoyan, hace difícil la tarea de canalizar políticamente el potencial transformador de la protesta. ¿Por dónde empezar? ¿A qué darle prioridad?

El gobierno insiste en que el paquete de medidas anunciado es solo “un primer paso” y comienza a propagarse la idea de que tras las manifestaciones nada volverá a ser normal, al menos, no la normalidad de antes del 18 de octubre. Sin embargo, nada avisa tampoco de un cambio sustantivo en el statu quo del orden neoliberal chileno.

Una frenética actividad legislativa, a la par con las manifestaciones, puede resultar en la promulgación de más amplias leyes sociales. Pero, ¿y su implementación? ¿Y

Lo que viene.

Lo que viene.



los empresarios? ¿Y la cultura cotidiana de consumismo e individualidad?

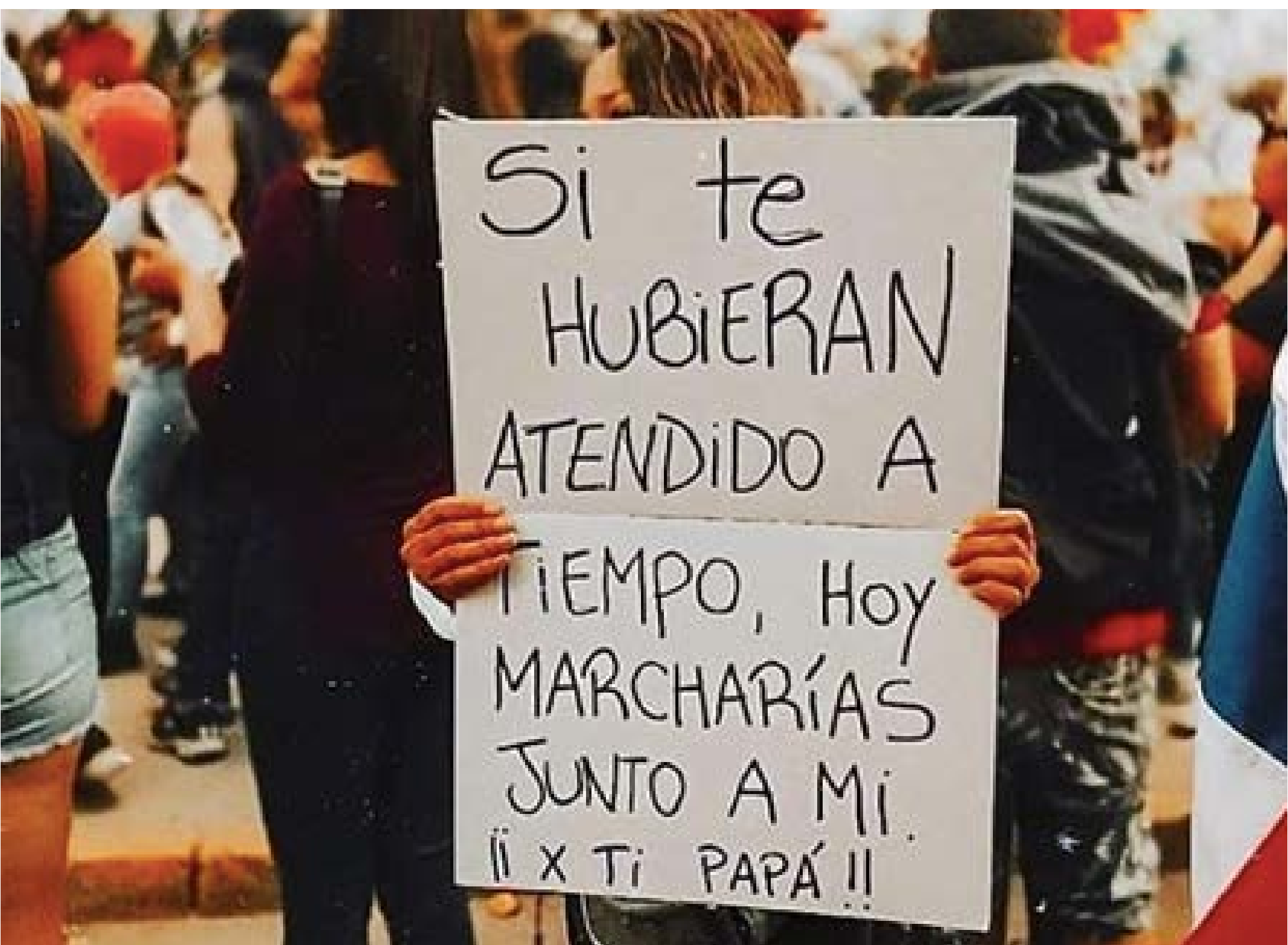
El cambio de gabinete hecho por el presidente Piñera este lunes 28 es una señal clara de que, desde las elites, no hay aún conciencia de la profundidad de la crisis. En su perspectiva, el problema sigue siendo el mantenimiento del orden.

Pirotecnias políticas: un gabinete más joven, un gabinete con otras prioridades; un nuevo gabinete, pero igual al anterior. El gobierno ha apostado a la recomposición de las mismas relaciones sociales, en un estado de

cosas en que la actividad legislativa es mera dilación, y las declaraciones de cambio son solo palabras al viento.

La encuesta de Activa Research publicada el 25 de octubre, levantada los dos días anteriores, en medio de las manifestaciones, ofrece un pulso aproximado de las percepciones de la población general sobre las manifestaciones.

Sus resultados son interesantes: el 83,6% apoya las manifestaciones, pero el 72,5% repudia los actos de violencia y delito (una prueba de la eficacia de la narrativa del miedo de los primeros días de la crisis). Más del 80% de los encuestados atribuye el descontento a los bajos salarios y pensiones y el alto costo de los servicios básicos, pero la medida mejor evaluada, de entre las que



propuso el gobierno, no tiene efecto sobre ninguno de estos problemas: se trata de la rebaja de la dieta parlamentaria y del salario de los altos funcionarios públicos, con un 66%. Es decir, una medida “simbólica” o reparatoria.

Las manifestaciones producen sentimientos de rabia e inseguridad a partes iguales, y solo un 18% se siente “esperanzado”. Apenas el 42% de los encuestados repudia

la presencia militar como medio para poner orden (el general Iturriaga es la autoridad mejor evaluada durante la crisis; por el contrario, el congreso, los partidos y los medios televisivos son los más repudiados). El 61% no cree que las medidas contribuyan a una mayor equidad social. A la vez, el 56,1% cree que Piñera debería renunciar.

Varios autores estos días, en columnas de prensa y notas radiales, sobre todo en la prensa extranjera, consignan como punto crítico la falta de un liderazgo o conducción política que pueda “traducir” las manifestaciones en un proyecto de cauce institucional.

Ciertamente, la clase política en su conjunto parece desacreditada y deslegitimada para realizar este proceso. Los intereses



de los grandes empresarios, principales privilegiados del orden social, generan desconfianza para conducir este proceso. El ensimismado mundo académico e intelectual carece de pericia política y está tan lejos de la ciudadanía como las élites políticas y económicas. El destrozado escenario de la organización social y popular ofrece una alternativa, pero requiere aún de tiempo para reconstruirse. Hoy críticamente le pesa al país el abandono de la política en las manos de los tecnócratas y gestores neoliberales.



Llama la atención que el Frente Amplio, conglomerado de partidos y movimientos políticos de izquierda que emergió de las protestas estudiantiles de 2011, no haya capitalizado las manifestaciones ni se haya puesto a la cabeza de las mismas. El Frente Amplio ha puesto como condición para el diálogo con el gobierno el fin del estado de emergencia (lo que hasta el 25 de octubre aún no ocurre).

Muchos de sus personeros han salido a participar de las manifestaciones, restándose de las reuniones cupulares. Como respuesta, han sido tachados por el gobierno y los medios como sectaristas, irresponsables y mezquinos.

La lucha más difícil, sin embargo, parece ser la lucha por el cambio de la

Lo que viene.

Lo que viene.



subjetividad política.

Las movilizaciones deben remecer las conciencias de los grupos sociales respecto de su necesidad de reunirse: no esporádicamente, no bajo las reglas disciplinarias del trabajo, sino en la vida social. Una sociedad que separa a su población en dos sistemas de salud, de educación, de previsión social, etc., no se experimenta como una misma sociedad. El descontento que inició con el alza del pasaje del metro cristalizó en una actitud política de la parte desposeída de la

sociedad contra la otra, cuando las elites sacaron los militares a la calle. Piñera dio pie a la revuelta.

Y con la revuelta vino la conciencia de que el sistema político no tiene legitimidad, por dos razones. En primer lugar, porque es injusto, porque no funciona, porque es un mecanismo de aseguramiento de la desigualdad.

En segundo lugar, porque es ilegítimo, porque el orden social actual se fraguó entre cuatro paredes en 1980 y no emergió de la voluntad popular.

De manera lenta pero consistente, la manifestación ha dado lugar a formas de organización políticas contra el estado neoliberal. Esto es inédito: los movilizados



no están esperando que las elites o los medios o los intelectuales hagan ahora lo que no hicieron en cuarenta años, interpretar la realidad social. De forma tan espontánea como las propias movilizaciones, manifestantes atomizados y tremendamente distintos entre sí han comenzado a conversar.

Dos espacios dan potencial político a estas formas de organización. Primero, la propia institucionalidad de los gobiernos locales y regionales. La crisis es una oportunidad clara para un verdadero proceso de descentralización nacional, que sería

también funcional a la canalización de las demandas populares. Ocupar los gobiernos locales y regionales, captar sus recursos, erradicar de ellos la corrupción, puede ofrecer posibilidades de rearticulación política desde abajo.

Segundo, los cabildos autoconvocados en barrios, colegios y comunas. En casi todos ellos, la demanda por una nueva constitución política emerge como la solución de base para los problemas revelados por la manifestación. Una nueva constitución permitiría garantizar que ciertos derechos sociales básicos queden fuera de la acción predatoria del mercado y, a su vez, engendrar un orden institucional legítimo y participativo. El despliegue territorial de los cabildos es clave.

Lo que viene.

Lo que viene.



El problema es que el desarrollo de esta nueva subjetividad política tomará aún un tiempo largo, y la manifestación, en cambio, es ahora. La protesta debe mutar, pero no aplacarse. Porque aún no se ha ganado nada.

## Fuentes.

# Fuentes

Boucheron, Patrick, y Corey Robin (2016). *El miedo. Historia y usos políticos de una emoción*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

*Cuentas nacionales por sector institucional. Evolución del ahorro, la inversión y el financiamiento sectorial en el segundo trimestre del año 2019* (2019). Santiago de Chile: Banco Central.

*Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile* (2017). Santiago de Chile: PNUD. Encuesta Plaza Pública N° 302 (25 oct. 2019). Santiago de Chile: CADEM.

González, Ricardo (coord) (2017). *¿Malestar en Chile? Informe encuesta CEP 2016*. Santiago: Centro de Estudios Públicos.

Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

Hayat, Samuel (5 dic. 2018). *Los Chalecos Amarillos, la economía moral y el poder. Marxismo crítico*, <https://marxismocritico.com/2018/12/14/los-chalecos-amarillos-la-economia-moral-y-el-poder>

Lazzarato, Mauricio (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lechner, Norbert (2014). *Democracia y utopía: la tensión permanente. Obras III*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Manríquez, Yem (24 oct. 2019). *Abogado constitucionalista: "Lo que estamos viendo en las calles es violencia estatal de facto"*. Radio ADN 91.7 FM, <https://www.adnradio.cl/noticias/nacional/abogado-constitucionalista-lo-que-estamos-viendo-en-las-calles-es-violencia-estatal-de-facto/20191024/nota/3970311.aspx>

Moulián, Tomás (1997). *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago: LOM-Arcis.

Ricoeur, Paul (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Ossa, Carlos (ed) (2011). *Escrituras del malestar. Chile del Bicentenario*. Santiago: Universidad de Chile.

Thompson, E. P. (1971). *The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century*. *Past & Present*, (50): 76-136.

Vera, Antonieta (ed) (2017). *Malestar social y desigualdades en Chile*. Santiago: RiL eds.

# RABIA

**Miedos, abusos y desórdenes  
en el oasis chileno**



Hans Stange, Antoine Faure, Claudia Lagos, Claudio Salinas, René Jara y Alejandro Lagos